

Luz para no desviarnos del buen camino

IV Domingo de Cuaresma

1 Sa 16, 1b.6-7.10-13a

Ef 5, 8-14

Jn 9, 1-41

Yendo de camino, vio Jesús a un hombre que había nacido ciego. Jesús escupió en el suelo, hizo con la saliva un poco de lodo y untó con él los ojos del ciego. Luego le dijo: "Ve a lavarte al estanque de Siloé (que significa "Enviado")". Los vecinos y los que otras veces le habían visto pedir limosna se preguntaban: "¿No es éste el que se sentaba a pedir limosna?". El día en que Jesús dio la vista al ciego era sábado. Por eso llevaron ante los fariseos al que había sido ciego, y le preguntaron cómo era que podía ver. Les contestó: "Me puso lodo sobre los ojos, me lavé y ahora veo". Algunos fariseos dijeron: "El que hizo eso no puede ser de Dios, porque no respeta el sábado". Pero otros decían: "¿Cómo puede alguien siendo pecador, hacer esas señales milagrosas?". De manera que estaban divididos. Los judíos volvieron a llamar al que había sido ciego y le dijeron: "Reconoce la verdad delante de Dios: nosotros sabemos que ese hombre es pecador". Él les contestó: "Yo no sé si es pecador o no. Lo único que sé es que yo era ciego y ahora veo". Volvieron a preguntarle: "¿Qué te hizo?". Les contestó: "Ya os lo he dicho, ¿para qué queréis que lo repita? ¿Es que también vosotros queréis seguirle?". Entonces le insultaron y le dijeron: "¡Tú sigues a ese hombre, pero nosotros seguimos a Moisés!". Y lo expulsaron de la sinagoga. Jesús se enteró y cuando se encontró con él le preguntó: "¿Tú crees en el Hijo del Hombre?". Él le dijo: "Señor, dime quién es para que crea en él". Le contestó Jesús: "Ya le has visto. Soy yo, con quien estás hablando". El hombre le respondió: "Creo, Señor", y se puso de rodillas delante de él. Dijo Jesús: "Yo he venido a este mundo para hacer juicio, para que los ciegos vean y los que ven se vuelvan ciegos". Al oír esto, algunos fariseos que estaban allí reunidos con él le preguntaron: "¿Acaso nosotros también somos ciegos?". Jesús les contestó: "Si fuerais ciegos, no tendríais la culpa de vuestros pecados, pero como decís que veis, sois culpables".

"Jesús escupió en el suelo, hizo con la saliva un poco de lodo y untó con él los ojos del ciego. Luego le dijo: "Ve a lavarte al estanque de Siloé (que significa "Enviado")".

Seguro que puedes imaginarte la escena que se narra en el evangelio. No te parece sorprendente y llamativa. Es claro, que ninguno de nosotros no somos ciegos de nacimiento y que vemos además perfectamente, aunque con nuestras limitaciones. Pero hay momentos en la vida que salta la chispa en nuestro interior y nos damos cuenta que estábamos ciegos porque no veíamos por lo que merece la pena dar la vida. Jesús quiere tocar tus ojos, quiere poner en ti la luz que guíe tus pasos en tu caminar. ¿Por qué no te dejas tocar y sentir las manos de Dios sobre tus ojos? No tengas miedo a que Dios te unte tus ojos con su misericordia y su ternura. Ellas te pueden curar. Muchas veces nos centramos tanto en nosotros mismos que nos quedamos ciegos, porque no dejamos que por nuestras pupilas pueda entrar otra luz que no sea la mía. Dejemos que la luz de Dios entre por nuestras pupilas para que podamos ver la vida a la luz de Dios.

Cuando la luz de su gracia penetre en nuestra vida nos daremos cuenta todo lo que Dios ha hecho por cada uno de nosotros. Y nos pondremos de a sus pies y diremos como el ciego": "Señor dame la luz de la fe para ver todo lo bueno que has hecho en mí y creer en ti".

Haz latir el corazón del mundo...

*Cuando por la noche hagas una revisión del día, identifica aquellos momentos en los que crees que Dios ha tratado de iluminarte, a través de alguien o de algún acontecimiento.
¿Cuándo te resulta sencillo encontrar su luz?
¿Cuándo eres incapaz de hacerlo? ¿Qué sentimientos provoca en tí?*

